

CAPÍTULO II

EL QUEHACER DE LA ANTROPOLOGÍA EN MATERIA DE MIGRACIÓN:

MÉTODOS Y ACERCAMIENTOS

La migración internacional es un proceso complejo con grandes implicaciones económicas, políticas y sociales en los países de expulsión y recepción de migrantes. Debido a los millones de mexicanos afectados por este fenómeno, los investigadores de múltiples disciplinas han estado involucrados en identificar y analizar los factores que la causan y sus efectos a través de modelos teóricos desde diferentes enfoques. A decir de Massey y otros (2000:7)

La economía neoclásica se enfoca en los diferenciales en salarios y condiciones de empleo entre países y los costos de la migración; generalmente concibe el movimiento como una decisión personal para maximizar el ingreso. La “nueva economía sobre la migración” en contraste, considera las condiciones de una variedad de mercados, no sólo mercados laborales. Ve la migración como una decisión familiar tomada para minimizar los riesgos al ingreso familiar o para superar restricciones de capital en las actividades productivas familiares. La teoría de los mercados duales de trabajo y la teoría del sistema mundial generalmente ignoran esos procesos de decisión a nivel micro, enfocándose en su lugar sobre fuerzas que operan a niveles mucho más altos de agregación. La primera vincula la inmigración a los requerimientos estructurales de las modernas economías industriales, mientras que la segunda ve la inmigración como una consecuencia natural de la globalización económica y de la penetración del mercado a través de las fronteras nacionales.

George Box anota que “todos los modelos están equivocados, pero algunos modelos son útiles” (citado en Agar 2013:78, traducción mía). Las teorías propuestas para el entendimiento del fenómeno de la migración podrían parecer tan opuestos entre sí, lo que no quiere decir que sean necesariamente excluyentes. La producción de conocimiento en las ciencias sociales es un proceso basado en la crítica y el dialogo que propicia la construcción, reconstrucción y reconfiguración del conocimiento constantemente (Agar 2013). Por lo tanto, los modelos presentados son admirables intentos por entender un proceso tan complejo como es la migración internacional. Lograr encasillarla en una sola teoría resulta prácticamente imposible ya que se trata de un fenómeno masivo, global, dinámico y económicamente desigual. Ciertamente, la teoría neoclásica tiene razón al mencionar que la migración está determinada por la “atracción” y “expulsión” de mano de obra, la brecha salarial y el costo-beneficio de hacerlo; pero de igual manera la teoría de “la nueva economía sobre la migración” está en lo correcto al afirmar que es un proceso que involucra decisiones más allá del carácter económico y político. Lo mismo sucede con el modelo dual y la teoría del sistema mundial al resaltar los factores estructurales que propician el fenómeno a gran escala.

En este trabajo se rescatan elementos de estos modelos que considero indispensables para realizar un análisis del fenómeno a mayor profundidad. A su vez, el acercamiento económico político de la antropología resulta de suma utilidad al estudio de la migración internacional laboral ya que nos permite trazar un vínculo desde el individuo, su familia, su entorno, hasta las condiciones económicas locales y globales y los aparatos estructurales a nivel macro con la finalidad de crear una dimensión más incluyente de los diferentes factores involucrados en este proceso. En las siguientes

páginas se presenta un esquema que permite contextualizar a los migrantes mexicanos dentro de las dinámicas locales y globales en tiempo y espacio, que resulta necesario para el entendimiento del fenómeno migratorio.

Campos de poder y hegemonía

En la introducción de su libro magistral *Europa y los pueblos sin historia* (1987), Eric Wolf argumentó que la tendencia en las ciencias sociales hasta los ochentas fue cosificar un conjunto de relaciones sociales y transformarlas en cosas estáticas; “nación”, “sociedad”, “cultura” [...] cada sociedad con su cultura característica es concebida como un sistema integrado y unido, que se contrasta con otros sistemas igualmente integrados” (Wolf 1987:16). Extraídos de su contexto económico, político y social, era fácil aislar y categorizar las relaciones sociales por sus supuestas calidades internas y homogéneas. Esta descontextualización impidió un análisis de cómo el proceso de formación es el resultado de las interconexiones dinámicas entre grupos sociales; propiciando la distorsión de los modelos. Los fenómenos sociales para Wolf son el producto de procesos que se desarrollan a través del contacto y las conexiones, los vínculos y las interrelaciones que quedan plasmados en la historia colectiva y de los individuos (1987).

El proceso que impulsó las conexiones y los enfrentamientos entre grupos sociales fue el desarrollo del capitalismo mundial. Wolf propone que se relacione la expansión del capitalismo con los cambios en la vida cotidiana de la gente en localidades específicas. Insistió que los pueblos sin historia estaban inmersos en procesos constituidos por relaciones jerárquicas de poder que eran dinámicas, cambiantes y heterogéneas. “[...] la historia informada teóricamente y la teoría informada históricamente deben conjuntarse

para explicar poblaciones especificables en el tiempo y en el espacio, tanto como resultados de procesos significativos, cuanto como portadores de ellos.” (Wolf 1987:37).

Con una perspectiva complementaria sobre la importancia de situar lo local en procesos globales, William Roseberry (1989) desarrolló el concepto de “campo de poder” para analizar lo local dentro de redes sociales más amplias, social e históricamente configuradas en lugares y tiempos específicos. El campo de poder es útil para acercarse a la complejidad de la historia local y las relaciones sociales, al mismo tiempo reconoce que las relaciones sociales locales observables se han estructurado por procesos globales de gran alcance, de los cuales las historias “locales” forman partes constitutivas.

Las relaciones y las luchas entre grupos sociales desarrolladas durante la era del capitalismo resaltan la importancia del uso del campo de poder para lograr desglosar la estructura social. La migración de mexicanos hacia Estados Unidos es un caso que ilustra las conexiones tanto locales como globales entre instituciones, gobiernos, políticas e individuos a través del tiempo que nos permiten posicionar a los trabajadores mexicanos de manera económica, histórica y social (Binford 2013; Roseberry 1989). Pero es aún más fascinante, en tanto la movilidad internacional no solo crea puntos de comparación cronológicos sino, a su vez, permite estudiar diversos factores y procesos en diferentes contextos sociales. Un claro ejemplo es el acercamiento al engrane central de la migración internacional laboral, el proceso de producción-acumulación-consumo antes, durante y después de migrar, tanto en la localidad como en el lugar de destino (Binford 2013, Castles 1989; Mize y Swords 2010).

El concepto de hegemonía, por su parte, nos ayuda a entender el marco estructural bajo el que los mexicanos migran hacia Estados Unidos. Complementando las herramientas teóricas de Wolf y Roseberry, la hegemonía, concepto desarrollado por Antonio Gramsci, elabora más sobre las constelaciones específicas de las relaciones de poder, la forma en que estas se producen y reproducen en las vidas de los individuos y cómo se experimentan, naturalizan y resisten al poder. Los análisis de Gramsci “trata[n]...de una manera de caracterizar unas relaciones de poder siempre cambiantes y sumamente versátiles capaces de adoptar formas muy distintas en diferentes contextos” (Crehan 2004:122). Sobre quién recae el poder y sobre quién no, las relaciones entre opresor y oprimido y las particularidades de estas—experimentadas a menudo a través de las diferencias de clase, género, etnicidad y “raza”—son los enfoques de análisis privilegiados por Gramsci. En su riguroso trabajo insistió que las relaciones de poder se producen y reproducen por una compleja combinación de fuerza y consentimiento acompañada por las narrativas y las “duras” realidades que existen más allá del discurso (Crehan 2004).

La constante pugna entre Estado y dominados propicia la lucha donde las relaciones desiguales de poder, anteriormente mencionadas, resultan tajantes durante el desarrollo de procesos estructurales (Crehan 2004). Desde esta perspectiva, el uso de la hegemonía como herramienta teórica permite observar la forma en la que los migrantes mexicanos experimentan los procesos de subordinación y clase en sus cotidianidades. Asimismo, “[...] posibilita observar las contradicciones de la cultura de los trabajadores ligadas a procesos de dominio, donde la coerción y el consenso se entremezclan y proceden formas de vida, subjetividades y prácticas, las cuales son, al mismo tiempo,

relevantes en la reproducción de relaciones de desigualdad en las que los sujetos están envueltos” (Cordero 2007:26).

Las categorías “procesos históricos”, “campos de poder” y “hegemonía” nos permiten entender que la migración de mexicanos a Estados Unidos no es un fenómeno aislado ni estático, sino parte de un proceso histórico de la expansión y transformación del capitalismo y la formación del Estado con sus particularidades locales inmersas en redes de relaciones sociales desiguales en una estructura social compleja. Estas se extienden desde individuos, familias, y comunidades, hasta Estados, empleadores, empresas y los grandes procesos de acumulación de capital, por mencionar solo algunos. Para estudiar la migración y su impacto tanto local como global, resulta necesario entender las relaciones económicas y políticas globales y las formas en que los individuos encarnan, internalizan y experimentan las relaciones jerárquicas de poder en las cotidianidades de la comunidad y en su lugar de destino en diferentes etapas del proceso migratorio.

Del fordismo a la acumulación flexible

Ronald Mize y Alice Swords (2010) mencionan que el acercamiento histórico y multidisciplinario ayuda al entendimiento de la migración de mexicanos hacia Estados Unidos como respuesta ante los procesos de globalización y la larga relación capitalista de explotación entre Norte y Sur. “[...] el consumo en la era de la acumulación de capital global se encuentra fuertemente enraizado en la marginalización y explotación de la fuerza laboral inmigrante” (2010: xxv). Los trabajos relacionados a las formas de

perpetuación de las relaciones desiguales en los procesos capitalistas son un acercamiento que permite entender las dinámicas del proceso migratorio.

Uno de los grandes aportes de la antropología al estudio de la migración internacional ha sido el análisis de la estrecha relación entre consumo (material y simbólico), acumulación y procesos de producción. El entendimiento del proceso de extracción de plusvalía en la era de la globalización nos permite contextualizar la experiencia de la migración de mexicanos a Estados Unidos, un fenómeno en constante construcción y del cual ambos países dependen (Castles 1989; Mize y Swords 2010). La acumulación y la producción son procesos que están en el trasfondo del flujo de las migraciones laborales internacionales.

A finales de los años veinte y hasta mediados de los sesenta, el régimen de acumulación estuvo caracterizado por incentivos para la producción que favorecieron altos niveles de consumo de los trabajadores de las fábricas; este modelo se conoce como fordismo (Harvey 1990). El fordismo se caracterizó por jornadas laborales de 40 horas a la semana con altos salarios que mantuvieron un equilibrio entre producción, acumulación y consumo. Durante el fordismo, los empleados contaban con seguridad social, estabilidad laboral y salarios que les permitían altos índices de consumo.

Desde la década de los ochenta las crisis económicas globales han afectado fuertemente las estructuras económicas y financieras del capitalismo entrando a un régimen conocido como “acumulación flexible” (Harvey 2010). Este nuevo régimen de acumulación ha tenido como principales rasgos “la flexibilidad de las relaciones y procesos laborales, los mercados de la mano de obra y los productos y las pautas de

consumo. Se caracteriza por la emergencia de sectores totalmente nuevos de producción y nuevas formas de proporcionar servicios financieros, pero sobre todo por la intensidad de la innovación comercial, tecnológica y organizativa.” (Harvey 1998:156).

El régimen de acumulación flexible descrito por Harvey se caracteriza por ser un proceso de transformaciones abruptas y paulatinas que, a largo plazo, han modificado drásticamente la economía global. Las principales transformaciones han sido una mayor movilidad geográfica de capital y la mano de obra y una concentración del capital en el sector servicios. En cuanto a las condiciones laborales, “este régimen de acumulación va aparejado a la pérdida de poder de los sindicatos y el incremento de trabajadores temporales, subcontratados por contrato determinado y con nula seguridad social” (Cordero 2007:156). El régimen de acumulación flexible ha venido acompañado por la flexibilidad, la precariedad, la pluriactividad, la desechabilidad de los trabajadores y el desbalance entre la relación de producción, acumulación y consumo (Castles 1989). Durante éste régimen,

[...] el mercado laboral ha sufrido una reestructuración radical. Enfrentados con la fuerte volatilidad del mercado, la mayor competencia y la disminución de los márgenes de ganancia, los empleadores se han aprovechado de la debilidad del poder sindical y de los recursos de trabajadores excedentes (desempleados o subempleados) para impulsar regímenes y contratos laborales mucho más flexibles. Es difícil hacerse un cuadro global, porque el propósito mismo de esta flexibilidad es satisfacer las necesidades a menudo muy específicas de cada firma. Hasta para los empleados regulares, son cada vez más comunes los sistemas como la «quincena de nueve días», los horarios de trabajo que promedian una semana de cuarenta horas pero que obligan al empleado a trabajar mucho más en los momentos de los picos de demanda y a compensar con horas más cortas en períodos de poca actividad. Pero más importante ha sido el desplazamiento del empleado regular hacia contratos o subcontratos de trabajo temporario o de medio tiempo (Harvey 1990:173).

Para Harvey, en este régimen se destacan trabajadores divididos como funcionales y dos subgrupos de trabajadores numéricos. Los trabajadores funcionales son un grupo reducido de individuos altamente calificados con buenos sueldos y seguridad social; pero no exentos de las exigencias de adaptabilidad y flexibilidad que este régimen de acumulación demanda. Por su parte, el primer subgrupo de trabajadores numéricos tiene como característica una menor capacitación laboral, menor remuneración económica y seguridad social los cuales son las piezas claves para las exigencias de los procesos de producción. En el segundo subgrupo se encuentran aquellos trabajadores temporales, con subcontratos, de medio tiempo, contratados por tiempos específicos con menos seguridad laboral que el subgrupo anterior (Harvey 1990).

“Vía el trabajo asalariado, distintos territorios se reinsertan subordinadamente al capitalismo internacional. De esta manera resultan conectadas regiones geográficamente distantes, social y económicamente desiguales” (D'Aubeterre y Rivermar 2014:17). Un caso emblemático de este proceso ha sido el flujo de mexicanos hacia Estados Unidos ocupando principalmente las filas del último subgrupo de trabajadores numéricos referidos por Harvey. El estatus indocumentado de la mayoría de los migrantes mexicanos -una fuerza laboral flexible, barata, explotable, desechable y desorganizada- y la creciente demanda de mano de obra en sectores de baja calificación en la industria estadounidense, han favorecido las condiciones laborales deplorables de baja remuneración, sobreexplotación y sin seguridad social a la que los mexicanos se ven expuestos durante esta travesía. A pesar de esto, la opción de migrar al norte continúa siendo la más viable para 10% de los mexicanos.

La mano de obra “perfecta”

A pesar de las condiciones deplorables que los mexicanos enfrentan en Estados Unidos, millones continúan migrando hacia aquel país. El “doble marco de referencia” y el cotejo entre salarios (Binford 2009; Suarez-Orozco 1987; Waldinger y Lichter 2003) nos ayudan a entender las motivaciones para emprender tan arriesgado viaje y exponerse a condiciones deplorables. Estos términos refieren que, en su mayoría, los migrantes mexicanos suelen comparar su situación previa en la comunidad —condiciones y oferta laboral, salarios, bienestar, relaciones con instituciones, y servicios— con las condiciones ofrecidas en el destino al que migran (Waldinger y Lichter 2003).

El punto de comparación ha sido moldeado tras más de tres décadas de neoliberalismo en México. Durante este periodo, las políticas neoliberales han contribuido a la vulnerabilidad y la pobreza de millones de mexicanos principalmente en zonas rurales—de donde provienen la mayoría de los migrantes—y penetrando cada vez más en zonas urbanas donde anteriormente se contaba con una “relativa” sensación de bienestar (Binford 2013). Esto ha dejado un excedente de fuerza de trabajo sin cabida dentro de la estructura económica del país frustrando su deseo de “ser alguien” y “hacer algo” (Cordero 2007; Gómez y Duke 2010). Del otro lado de la frontera, el panorama es complementado por los empleadores estadounidenses, quienes tienen a su merced una amplia gama de trabajadores desorganizados dispuestos a laborar por bajos salarios, condiciones precarias y sin beneficios o seguridad social por su calidad de “indocumentados” (Waldinger y Lichter 2003).

Estos puntos de comparación agregados a la noción de “ser alguien” y “hacer algo” y al deseo de éxito compartido en las comunidades de origen han moldeado el perfil de aquellos migrantes que “trabajan para matarse” como “la mano de obra perfecta” (Cordero 2007; Rouse 1989; Smith 1996). La mayoría de los mexicanos en Estados Unidos migra de manera temporal sin buscar establecerse de manera definitiva en aquel país, principalmente aquellos provenientes de regiones de reciente migración como el centro y sur del país (Binford 2004; Durand y Massey 2003). La nostalgia y el anhelo por regresar al terruño han favorecido que los migrantes estén dispuestos a autoexplotarse con la finalidad de cumplir sus metas y objetivos en el menor tiempo posible para, posteriormente, regresar a su comunidad. La autoexplotación sirve para que el migrante alcance sus metas de cubrir sus necesidades básicas y lograr sus sueños, refuerza las relaciones de poder y el régimen de acumulación. La “...mano de obra inmigrante tiene la característica de ocupar las posiciones más bajas dentro de las jerarquías sociales y de poder en sus lugares de origen que hacen que la “autoexplotación” sea el mejor y más natural medio para alcanzar los estándares deseados” (Cordero 2007:177).

Neoliberalismo y sus efectos en México.

Más de tres décadas después de la reestructuración neoliberal, los enfoques teóricos sobre distorsión y dependencia —o tal vez sólo mercados laborales moldeados por la migración— se han dejado de lado o se han olvidado. Las tasas de natalidad son generalmente bajas en el Norte capitalista, las poblaciones domesticas están envejeciendo, y la demanda por mano de obra flexible y barata ha estado creciendo a buen ritmo en la construcción, procesamiento de carne, horticultura, cuidado de niños, y la industria restaurantera y de hostelería, entre otros. En cuanto al Sur subdesarrollado (también capitalista), en términos generales, la devastación de la agricultura por la apertura del mercado neoliberal,

las pequeñas empresas, y gran parte de la industria, ha resultado en crecientes tasas de desempleo y, sobre todo subempleo (Binford 2013:5, traducción mía).

El modelo neoliberal se adoptó en México desde finales de los años ochenta, incentivó “la libertad individual, la responsabilidad personal y las virtudes de la privatización, el libre mercado y el libre comercio, que ha legitimado las políticas draconianas destinadas a restablecer y consolidar el poder de la clase capitalista” (Harvey 2010:10). En México este modelo fue puesto en marcha para abatir las recurrentes crisis financieras que se vivían en el país desde 1982, adoptando las políticas y prácticas del modelo en favor del libre mercado como reguladores de las relaciones económicas y políticas (Mize y Swords 2010). La situación desventajosa en la que México se encuentra en relación con otros países, como resultado de las políticas neoliberales, ha resultado en el casi abandono del campo, la polarización social, la agudización de la pobreza en zonas rurales y urbanas, una alta tasa de desempleo y subempleo, el crecimiento desigual entre salarios e inflación, entre otros (Appendini 2008; Bartra 2003; Egurrola y Quintana 2010; Otero 2004).

Con el paso de los años, para la mayoría de la población, el neoliberalismo en México se intensificó y con ello sus impactos negativos. En 1994 se firmó el Tratado de Libre Comercio de América del Norte (TLCAN) entre México, Estados Unidos y Canadá que incentivó la apertura de mercados de estos países para el comercio, permitiendo el flujo de capital y mercancías, pero no el libre tránsito de personas (Mize y Swords 2010). Durante estos años, el aumento en el costo de los energéticos y la creciente demanda de granos de economías emergentes como India y China generaron el aumento en los

precios de granos, aceites, vegetales y carnes (Torres 2009). A la par, se dio un incremento considerable en los índices de migración internacional, que ciertamente no resultan coincidencia sino efecto directo de estas políticas que azotaron fuertemente las zonas centro y sur del país (Binford 2004).

La apertura de mercado y el recorte de los subsidios en el campo han favorecido la importación, principalmente de Estados Unidos y Canadá desde mediados de los noventa, haciendo al país (al igual que a muchos otros) dependiente de estas economías (Fitting 2011). Como respuesta a las políticas neoliberales, un gran número de mexicanos de las zonas rurales y, crecientemente en las urbanas, han migrado hacia Estados Unidos en un escenario de constantes crisis y deterioro económico desde la década de los ochenta, que no parecen tener fin. La migración hacia Estados Unidos ha tomado gran fuerza en nuevas zonas que anteriormente no contaban con una migración considerable hacia el norte (Binford 2004).

Llegando al norte: factores de atracción y expulsión, redes sociales, transnacionalismo y la teoría de la causación acumulativa

El inicio de la migración internacional laboral tiene sus raíces en el cambio del feudalismo al capitalismo, cuando las relaciones entre producción-acumulación-consumo se vieron modificadas drásticamente y la migración de zonas rurales a urbanas y destinos internacionales jugó un papel sumamente importante a nivel mundial para el desarrollo del estado actual del capitalismo (Mize y Swords 2010). Teniendo como precedente la revolución industrial, en Europa, durante el siglo XIX, se experimentaba una transición del estilo de vida de subsistencia agrícola a una vida de trabajadores asalariados en las

fábricas. El ejército de reserva de mano de obra excedente al que Marx describe se caracterizaba por ser “el proletariado industrial, o la clase trabajadora, que se formó por los campesinos desplazados que migraron a la ciudad en busca de salarios” (Mize y Swords 2010:XXI).

Más de un siglo y medio después, las condiciones de atracción y expulsión de mano continúan siendo el engrane central de la migración internacional laboral a escala mundial. Estos factores no podrían entenderse sin “el tan a menudo descuidado, pero extremadamente importante elemento de la proletarización, movimiento masivo de personas que se requiere con el fin de satisfacer las demandas laborales capitalistas” (Mize y Swords 2010:XXI). La relación entre demanda de mano de obra y la necesidad de los trabajadores por encontrar una forma de subsistencia, dio origen al obrero asalariado y el crecimiento de las ciudades. El modo capitalista de producción es el principal antecedente de la migración laboral internacional (Mize y Swords 2010; Piore 1979).

Recordando que la historia no es un proceso estático, aislado y homogéneo, sino dinámico y heterogéneo, en constante construcción, entendemos que la migración es resultado de “campos de poder”, relaciones jerárquicas y conexiones entre lo local y lo global cuya finalidad es satisfacer las necesidades del capital (Roseberry 1998; Harvey 1990; Wolf 1987). Los cambios en las formas de producción y la constante demanda de mano de obra hicieron que el capitalismo se experimentara en las zonas rurales, así como en países subdesarrollados (también capitalistas), donde la dependencia se haría cada vez más estrecha. En la era capitalista, la migración laboral inició por factores económicos de

expulsión, los bajos salarios y las altas tasas de desempleo y subempleo en los lugares de origen y por factores que propician la atracción hacia los países receptores con una mayor oferta laboral, mejores salarios y seguridad social (Massey et al. 1993; Parkins 2010; Piore 1979). El circuito migratorio entre México y Estados Unidos encaja dentro de este patrón general.

Pero estos factores no explican la masificación, continuidad y perpetuación del fenómeno. Existen otros factores que han contribuido a la migración, tales como el transnacionalismo, las redes sociales y la teoría de la causación acumulativa. Como hemos visto a lo largo de este capítulo, el fenómeno migratorio no puede ser atribuido a una sola causa ni segregado de procesos económicos y sociales tanto a nivel local como global, o encasillado a un solo modelo explicativo. Su entendimiento radica en las continuidades históricas del proceso y las conexiones entre las dimensiones locales y globales en constante construcción y la forma en que estas se manifiestan en contextos específicos.

Para lograr contextualizar la migración internacional en las dimensiones mencionadas resulta necesario hacer un “reconocimiento del hecho de que las culturas han perdido su conexión con un lugar [geográfico] determinado” (Ferguson y Gupta 1992:236, traducción mía). La migración internacional ha permitido nuevos flujos y reconfiguraciones del espacio, la cultura, las identidades que se encuentran conformadas de una nueva manera; es decir, no existe un ancla geográfica de estos factores y procesos a un lugar específico y lo que se conoce como transnacionalismo (Kearney 1995, 2000; Glick et al. 1992; Smith 2006). Hoy en día la reconfiguración tanto en la comunidad

como en los pequeños nichos de migrantes en múltiples urbes a nivel mundial, se moldea paralelamente, con el impacto más significativo en la comunidad que en el lugar de destino por la densidad poblacional.

Roger Rouse (citado en Cordero 2007:28) define el circuito transnacional como “una sola comunidad formada por el movimiento constante de ida y vuelta de los migrantes y de la circulación de personas, dinero, bienes y servicios”. Día a día, gracias a medios de comunicación como teléfonos, celulares, y a las redes sociales en internet, entre otros, existe una noción tanto del lugar de destino en Estados Unidos como de la comunidad bajo la cual se generan imaginarios y escenarios deseados entre los que se quedan y los que se van, los cuales no siempre suelen ser acertados (de Hass 2010; Massey et al. 1994a).

Las redes entre compatriotas son fundamentales para explicar la perpetuación de la migración y la experiencia cotidiana en el destino. “La red está basada en relaciones primordiales o apela a la identidad local común, facilitando información sobre empleos disponibles, recomendaciones para trabajar en un mismo restaurante, conseguir vivienda y, quizá, recibir algún préstamo mientras el nuevo inmigrante cobra su primer sueldo” (Rivera-Sánchez 2004:77). Las redes que atraen a migrantes de comunidades rurales hacia las urbes nacionales e internacionales (Lomnitz 1975) han influido en el destino, el sector ocupacional en el que se desenvuelven y la composición de la vivienda de los migrantes. La noción de red hace hincapié en la lejanía del destino, el conocimiento entre sí de los individuos, las relaciones de parentesco y amistad, lo que propicia una simulación de la comunidad aún a miles de kilómetros de distancia (Anderson 1991;

Silva 1992). Las redes sociales tienen como base la confianza, solidaridad y reciprocidad y pueden institucionalizarse en clubs de migrantes, equipos deportivos, participación en prácticas religiosas o la reestructuración del parentesco a manera de nuevas familias extendidas (Cornelius 1990; Rivera-Sánchez 2004; Smith 1997).

Por su parte, la teoría de la causación acumulativa resulta de gran utilidad para explicar la perpetuación y masificación del fenómeno. Esta teoría propone que “cada acto de la migración altera el contexto social en el que se toman las decisiones futuras de migrar, típicamente en formas que hacen que el movimiento adicional sea más probable” (Massey et al. 1993:451). El añejamiento del circuito ha propiciado la formación de comunidades transnacionales, la reducción en costos y dificultades para migrar, la solvencia de gastos económicos en el lugar de destino y la disminución del riesgo de no encontrar trabajo. Estos factores han fomentado el incremento de individuos que considera la migración una opción más viable y que despierte el deseo por migrar entre aquellos que anteriormente no lo consideraban una opción.

El transnacionalismo y la teoría de la causación acumulativa, agregado a los factores económicos y a la cercanía entre ambos países nos permiten contextualizar más detalladamente el surgimiento, establecimiento, mantenimiento y la masificación del circuito migratorio México-Estados Unidos. A su vez, podemos trazar los vínculos entre las comunidades y los lugares de destino y entender la existencia de nichos de comunidades transnacionales recreadas a miles de kilómetros de distancia, como es el caso de los zapotitecos en la ciudad de Nueva York.

Impactos y efectos de la migración

A finales de los años setenta y principios de los ochenta Josua Reichert, Raymond Weist y Richard Mines, señalaron que “una gran afluencia de dólares generados en Estados Unidos representan una distorsión más que un desarrollo en las economías rurales, lo que agrava el conflicto social, la diferenciación económica y la inflación de los precios, y que contribuyen a un círculo vicioso en el que la migración engendró más migración” (Binford 2003:305, traducción mía). Los autores propusieron que la migración a través de las remesas brindó un estándar de vida que solo ha podido ser alcanzado y mantenido a través de la migración recurrente, lo que se ha denominado “el síndrome del migrante” (Reichert 1981).

Media década más tarde, Douglas Massey, Jorge Durand, Jeffrey Cohen, Dennis Conway y Richard Jones dieron una imagen optimista de la migración internacional como un proceso encaminador al desarrollo de un gran número de comunidades de México con poblaciones migrantes sustanciales (Binford 2003). Para este grupo, la migración ha permitido a un gran número de hogares de México cubrir los gastos de la vivienda, construir un patrimonio y, en ocasiones, emprender un pequeño negocio, algo a lo que no aspirarían con un sueldo en el país. A su vez, criticaron la postura de la migración como fenómeno de dependencia al carecer de una solución funcionalista a la problemática de la migración (Cohen et al. 2005). Desde entonces, la postura del desarrollo comunitario como efecto de la migración ha marcado gran parte de los trabajos del circuito migratorio México-Estados Unidos.

El gobierno mexicano y organizaciones multilaterales financieras han acuñado la postura del desarrollo dado sus fuertes intereses e implicaciones económicas y políticas que el fenómeno representa. Tanto académicos como algunas de estas instituciones han generado un gran número de reportes e informes detallados en análisis cuantitativos de flujos migratorios y remesas y estudios cualitativos referentes a los efectos de la migración en las comunidades. Sin embargo, este tipo de análisis suele descuidar el trasfondo histórico, la contextualización del proceso migratorio y al individuo, su familia y las cotidianidades que viven día a día tanto en las comunidades de origen como en los lugares de destino. También han desarticulado la conectividad del proceso con las desigualdades que experimentan los migrantes. A pesar de casi cincuenta años de divergencia teóricas sobre los efectos que tiene la migración en las comunidades expulsoras, las posturas siguen divididas: “Mientras algunos ven la migración como una verdadera esperanza para las áreas subdesarrolladas, otros la consideran como otro mecanismo de explotación” (Wiest 1984:111).

Los resultados de esta investigación han puesto a prueba tanto la postura de la dependencia de las remesas en los hogares con migrantes como la migración como promotor del desarrollo comunitario. En este trabajo se hace un análisis detallado de los procesos que favorecen la migración y su perpetuación, los efectos que este fenómeno tiene sobre las cotidianidades tanto en las comunidades emisoras como en las receptoras de migrantes y las consecuencias y problemáticas que van surgiendo a lo largo de este proceso.